

DISCURSO DE INCORPORACIÓN A LA ACADEMIA DE MÉRIDA DE JOSÉ MANUEL QUINTERO S.

Ha pasado a la historia lo acaecido a Otmán, califa sucesor de Omar. En el momento de tomar posesión de su alta dignidad debía, según lo pautado por la costumbre, dirigir un discurso a la multitud congregada en la mezquita de la ciudad de Medina.

Cuando apareció en la tribuna, y advirtió las luces de millares de pupilas clavadas en su rostro, en medio de un silencio respetuoso y expectante, el novel califa se turbó hasta el cortamiento, vaciló por algunos segundos y, al fin, resolvió abandonar aquel sitio sin pronunciar palabra alguna. Apenas se le oyó decir, con voz sollozante, mientras descendía los peldaños de la escala, esta sola y simple frase: “ES MUY DIFÍCIL EMPEZAR”

Comenzaba así su disertación el Cardenal J.H. Quintero cuando la Universidad de los Andes le confirió, hace más de medio siglo, el primer doctorado Honoris Causa que esta Ilustre Universidad otorgaba.

En mi circunstancia particular debo expresar, parodiando al Califa, que no encuentro los vocablos suficientes y eficazmente expresivos, para significar mi emoción y mi sincero agradecimiento a la Academia de Mérida al haberme seleccionado para integrar tan prestigiosa Institución. No es fácil, pero debo comenzar.

Con autentica emoción dirijo estas palabras para agradecer el honor que se me concede. Honor que recibo, y acepto con beneplácito la distinción que me ha hecho esta ilustre Academia, conforme a su régimen estatutario, de hacerme Miembro Correspondiente Estatal de la misma.

Cuando a finales del año pasado, un soleado sábado, escuchaba al Dr. Mario Spinetti Berti en su casa de campo, su sabio consejo y las razones que motivaron la postulación para pertenecer a esta distinguida Academia, no me

quedó duda, si acaso la tuve, de que los honores y los reconocimientos no deben rechazarse, sobre todo cuando provienen de las limpias manos de un selecto grupo que congrega los más notable y prestigioso de la intelectualidad merideña en todas sus disciplinas.

Soy de los que afirman que los honores deben hacerse en vida; por tal razón, lo agradezco, me comprometo, me estimula. Sabré corresponder a esta distinción aportando lo mejor de mis conocimientos y mis esfuerzos en hacerla aún mas grande.

El primer español que viera nuestra Sierra fue Francisco Martín en 1528, integrante de la expedición de Ambrosio Alfínger al Lago de Coquivacoa; Martín venía de Coro y al intentar dar vuelta al lago se perdió en la tupida selva donde fue encontrado por los indígenas de la zona, quienes lo auxiliaron y lo casaron con la hija de un cacique. Fue Martín, el primero en escalar nuestras Sierras y fue el primero que contó sobre las bellezas de estas tierras, al escribano español Juan de Villegas en 1533.

Fue el primer extranjero que admiró nuestra comarca, él observó lo que siglos después nos describiera Mariano Picón Salas: “un paisaje creado un día de sumo alborozo por un Dios demasiado inventor que se entretenía en recortar y tajar montañas, en esparcir paletadas de color, en orquestar desde la meseta una sinfonía de aguas, que a veces braman como el Chama en los meses mas tormentosos, o apenas susurran como el río Milla cuando acaricia los verdes campos de Liria”.

Al mes de haberme recibido como Economista tomé la vía de las relaciones económicas internacionales y al año siguiente me encontraba en mi papel de secretario de la Misión Permanente de Venezuela en las Naciones Unidas con sede en Ginebra-Suiza.

Allá en la vetusta Europa, tierra de los ancestros de mi madre comenzó mi pasión hacia la historia, al hurgar en los viejos papeles de la Delegación Diplomática sobre la obra y la pasantía que allí habían hecho Caracciolo Parra Pérez, el merideño universal, y Alberto Adriani Mazzei, quien fue el primer gran economista venezolano, el merideño de Zea, el adelantado, el organizador del “Plan de Febrero de 1936” que inició López Contreras.

Mi inclinación por la historia comenzó allá y continúa hasta el presente, a través de varias centenas de crónicas que desde hace casi dos décadas he venido escribiendo en la prensa regional, casi todas dedicadas a investigar y exponer la menuda historia de la ciudad y el estado – y como mi incorporación, ya lo afirmara el Dr. Mendoza Angulo - se debe - en gran parte a mis méritos como investigador de la pequeña historia merideña, quisiera plasmar algunas inquietudes o inexactitudes sobre nuestra historia, desde el mismo momento de nuestra fundación. A aquel Francisco Martín lo siguieron los blancos con barbas de maíz. Fueron las expediciones de Juan Rodríguez Suárez y Juan de Maldonado que partiendo de la cercana Pamplona, se arriesgaron a la búsqueda de fantásticas minas de oro en la llamada Provincia de las Sierras Nevadas.

Ninguna otra ciudad en Venezuela y, quizás muy pocas en el mundo, tienen el privilegio de conocer la historia de sus orígenes y fundación, como nuestra bella ciudad de Mérida. Tal singularidad se debe a ciertos factores, como bien lo refiere el historiador merideño Roberto Picón Parra: el hecho de haberse conservado en Bogotá el proceso seguido contra el presunto fundador de la ciudad, Juan Rodríguez Suárez – cuyo expediente permaneció ignorado hasta el año de 1943, cuando Roberto Picón Lares (padre del antes mencionado Dr. Picón Parra) lo encontró en el Archivo Histórico Nacional de Bogotá.

Estos documentos nos permiten afirmar que nuestra ciudad, en la que nos encontramos en estos momentos, no fue fundada en la fecha que celebramos desde hace más de cuatro siglos, un 9 de octubre de 1558; la ciudad ni fue fundada por el extremeño Rodríguez Suárez ni por Juan de Maldonado.

Tuvo el honor de hacerlo el comendador Martín López de las huestes de Maldonado y lo hizo, por instrucciones de éste, como lo comprueba Picón Parra – el 6 de mayo de 1559- y le llamó Ranchería de San Juan de las Nieves. Este Martín López había quedado Teniente y Justicia Mayor, cuando Maldonado salió a recorrer los territorios de las cuicas, en el páramo andino. Aquel 6 de mayo de 1559 era día de San Juan Evangelista. San Juan debería ser nuestro patrono.

Posteriormente Maldonado, al enterarse de que vendría a la Ranchería de San Juan de las Nieves el escribano Molina, receptor de la Audiencia de Santa Fé, con la finalidad de recabar información para el juicio contra Rodríguez Suárez, por haber fundado ciudad sin permiso del Rey, decidió trasladar el pueblo de Santiago de los Caballeros, que había fundado el 25 de julio de

aquel año en territorio de las cuicas, a la recién Ranchería de San Juan de las Nieves, y desde entonces se llamó Santiago de los Caballeros, quedando definitivamente asentada nuestra ciudad a comienzos de Octubre de 1559.

Quizás Maldonado, el hombre de Ávila de Salamanca, repetiría la afirmación de Gonzalo Rincón Gutiérrez, cuando al referirse a aquel paisaje primigenio nos decía: “Nunca poblado alguno tuvo más linda planta; ni villa serrana – de que tenga memoria – nació en cuna más poética y galana. Aquí parece que se regodeó de naturaleza y buscó vecindad de ríos y nieves, de alcores y praderas, de valles y llanadas. Y para aislarse formó alta península luminosa, cercada por barrancos profundos, en cuyas cimas murmura la canción de las aguas y se empachó de nubes en las crestas de los cerros y tendió un manto de neblina para negar al sol la guarda de sus tesoros”, el resto lo hizo Dios. “El ha sido nuestro gran arquitecto cuando ponía orden y armonía entre los cataclismos y estremecimientos iniciales de la creación, construyó este estupendo y luminoso anfiteatro y edificó la Sierra Nevada, cuyos picos vierten verticales y vaporosas agujas de una espléndida catedral gótica. Esculpió la montaña para que ella misma fuera un ágora y pudiera funcionar una Academia, y la pulió para que diuturnamente nos mostrara sus magníficos cristales”

Años después de su fundación definitiva comenzó a funcionar un Colegio que instauraron los Jesuitas, y que rivalizó con los más acreditados de Santa Fé de Bogota. De allí arranca una tradición letrada y académica que nos ha hecho propender más a las humanidades que a la técnica.

No es históricamente cierto que la cultura merideña se iniciara con la creación de la Casa de Estudios por el primer obispo de Mérida, en 1785, porque, 157 años antes de que llegara Ramos de Lora, esta ciudad ya contaba con aquel Colegio, que convirtió a la pequeña Mérida de entonces en un centro de luces. Del mismo egresaron mentes ilustres que sembraron en sus alumnos ideas de justicia y libertad. Este colegio funcionó durante 140 años. Allí se leía a Galileo y se estudiaban los clásicos griegos y latinos, a Santo Tomás, entre muchos otros; el gran Colegio cesaría bruscamente cuando el Rey Carlos III, expulsó de América a los Jesuitas en 1767. Dejaron profunda huella.

En la ciudad colonial y, mucho antes de la llegada del Obispo Torrijos con sus 3.000 volúmenes, Mérida presenta en el siglo XVIII un ambiente de intensa actividad cultural con sus conventos, colegios y espléndidas bibliotecas. A partir de 1700 comienzan a llegar en gruesos libros las corrientes del

pensamiento universal moderno. Aquí se leía –hace 300 años- a Horacio, Virgilio y Cicerón. Había libros en francés e inglés; encontramos en las casas y haciendas un tipo de literatura que nos habla de progreso, de técnica, de ciencias útiles, de física, química, mineralogía y pesados diccionarios.

Como nos lo recuerda Idelfonso Leal en su libro, “Nuevas Crónicas de Historia de Venezuela”, hasta en la pequeña pulpería de don Luis Díaz, situada cerca de la Catedral, el merideño podía hallar confundidos con el chimó, el papelón y el alambre, 150 silabarios, 4 abecedarios, 7 libritos de doctrina cristiana y varios volúmenes de la obra “Finezas de Jesús Sacramentado”.

Doña Juana Paula Altuve, dueña de tierras y haciendas de caña de azúcar, poseía libros de novelas y comedias, obras de medicina, los tomos completos de la Recopilación de las Leyes de Indias y un viejo volumen del Cid Campeador. En Ejido, el Pbro. Ignacio Bautista de León tenía una exquisita biblioteca teológica.

Pero la biblioteca que ilustra mejor ese deseo de conocer las últimas novedades alcanzadas por las ciencias y las artes en el siglo XVIII, pertenece a don Mariano Verástegui, acaudalado vecino de Mérida, administrador de la hacienda Sta. Cruz de Estanques, quien disponía de la biblioteca más moderna que persona alguna pudiera tener en esta región, pues ahí estaban reunidas obras de todos los géneros y de todas las ciencias. Y –cosa increíble- la famosísima obra titulada EUSEBIO, escrita por el ex -jesuita Pedro Montegón, que es una especie de novela pedagógica, a la manera del Emilio de Rousseau, pero en un ambiente americano; obra prohibida por la Inquisición en 1798.

Todo lo anterior proporciona una idea general del tipo de obras que circulaba en la culta y recatada ciudad merideña del siglo XVIII. Y mucho antes de que Ramos de Lora fundara una Casa de Estudios y de que el Obispo Manuel Cándido de Torrijos -2do. Obispo de Mérida - trajera los tres mil famosos volúmenes.

Cuando Carlos III expulsó a los jesuitas, la biblioteca del Colegio San Francisco Javier – origen primigenio de nuestra Universidad – disponía de 1.058 volúmenes que pasaron luego al Colegio – Seminario. Si bien es cierto que el 29 de marzo de 1780 fray Juan Ramos de Lora creó una Casa de Estudios, no fue sino hasta el 21 de septiembre de 1810, cuando la Junta

Gubernativa que declaró nuestra adhesión a la causa independentista, amplió el favor hecho por Carlos IV, al otorgarle la gracia de poder conferir algunos grados al Colegio Seminario de San Buenaventura, cambiándole aquel nombre por el de Real Universidad de San Buenaventura de Mérida de los Caballeros. ¿Nace aquí la Universidad o el 14 de mayo de 1628, cuando los jesuitas Juan de Arcos y Juan de Cabrera fundaron el Colegio San Francisco Javier que funcionaba donde actualmente está la Capilla del Carmen, apenas a una cuadra de donde estamos ahora? Más trabajo para los verdaderos historiadores.

Pero, no es el momento de discusiones bizantinas ni polémicas estériles. Continuemos nuestro encuentro con la Historia.

Desde su fundación el 6 de mayo de 1559, muy poco se alteró en el panorama de la ciudad. No hubo acontecimiento trascendente a destacar, hasta que el 28 de julio de 1781 estalla el movimiento comunero que se inició en Villa del Socorro – Nueva Granada – como consecuencia de la aplicación de fuertes impuestos por parte de la Corona Española. Bajo la consigna “Viva el rey, muera el mal Gobierno” entraron a la ciudad siendo aplaudidos por la gran mayoría de la población. Sin embargo, encontraron fuerte oposición de las autoridades merideñas que seguían órdenes de España, los mismos que 20 años después abrazarían la causa de la Independencia.

Aquel movimiento comunero dejó sembrado el pensamiento de autonomía y liberación del régimen español.

En los albores de la Independencia, aquel 16 de septiembre de 1810, que no fue tal, pues la Junta Gubernativa que se constituyó a nombre del Señor don Fernando VII, lo que hizo fue sólo cambiar de nombre, pues aunque proclamó que habían cesado todas las autoridades que hasta aquel día habían gobernado, la nueva Junta eligió Presidente al Cnel. Antonio Ignacio Rodríguez Picón, quien se había desempeñado como Presidente del Ayuntamiento, Comandante en Jefe de Caballería, Teniente de Justicia Mayor, Presidente de la Junta General de Diezmo y Administrador Real de Correos. Formó parte de aquel primer gobierno republicano Juan Antonio Paredes, Teniente de Caballería que había sido Síndico Procurador. También Vicente Campo Elías había sido Alcalde Ordinario en tres oportunidades y don Fermín Ruiz Valero, Regidor y Alcalde.

Fueron los mismos que antes se opusieron a la justa causa de los comuneros y ahora se declaraban leales tanto al Rey como al Gobierno de Caracas.

Por ello coincido plenamente con el Dr Carlos Esteban Chalbaud –presente en este recinto- quien afirma que el gobierno provisorio que declaró la Independencia de los merideños, lo que hizo fue solo cambiar de nombre. Antes eran miembros de la gobernación de la Provincia de Maracaibo adscrita al Virreinato de Nueva Granada y ahora conformaban la Junta Superior Gubernativa. Pero eran los mismos nombres. La misma gente. Aquella Junta que fuera conformada por 12 personas, la mayoría se habían formado, bien en su adolescencia o en su infancia, en el Colegio San Francisco Javier, de los jesuitas, o en de Santa Fe de Bogota. Lo que refuerza la tesis de la profunda huella que los jesuitas dejaron en esta ciudad. Huella que también dejarían cuando regresaron en 1927 para volverse a ir en 1962. Buena parte de los que aquí estamos, nos formamos en aquel famoso y bien recordado Colegio San José.

Poco después de constituida la Junta Gubernativa, aquel cuerpo se encargó de promulgar su propia Constitución, mucho antes de que Venezuela como República tuviese la suya. El 31 de julio de 1811 aprobamos la nuestra, la de la Provincia de Mérida, la primera en Latinoamérica. La de Venezuela fue aprobada el 21 de diciembre de aquel año. Correspondió a Mérida el alto honor de ser la primigenia, la más clara, la más densa, la más importante y la más oportuna, para darle cuerpo a la idea independentista y de libertad, tal como lo afirma el constitucionalista, profesor y amigo Dr Marcos Avilio Trejo.

Poco tiempo después, un terremoto azotó a Venezuela en 1812 y causó estragos en todo Los Andes. La ciudad de Mérida quedó prácticamente destruida, sus templos, sus casas; la ciudad fue abandonada y sus pobladores se refugiaron en las haciendas cercanas.

Estaba así la ciudad, cuando en la mañana del 23 de mayo de 1813 entra a la villa Simón Bolívar. Permaneció aquí Bolívar 18 días, pendiente de los movimientos de Mariño.

Se afirma que pasó varios días en la hacienda de don Antonio Ignacio Rodríguez Picón, el más importante hombre de la época, hoy día hacienda La Piconera del amigo Antonio Ignacio Picón Pardi, descendiente de aquel y quien hoy nos honra con su presencia.

Aquí se le aclamó como Libertador, y Rodríguez Picón entregó a sus hijos Francisco, Jaime y Gabriel a Bolívar, para integrar su ejército. Francisco lo

acompañaría hasta el Perú, Jaime moriría en San Mateo y Gabriel, que quedó lisiado en la batalla de Los Horcones, le erigiría el primer monumento en el mundo a Bolívar, el 17 de diciembre de 1842, siendo gobernador de la provincia de Mérida. Allí está semi - abandonado frente al Cuartel Rivas Dávila, sin placa y sin plaza.

Mucho se ha dicho de lo que Mérida aportó en esa oportunidad a la causa de la Independencia. Al pie de la estatua ecuestre del Libertador en nuestra Plaza Bolívar un grabado señala que, a pesar de aquella tragedia (el terremoto de 1812), se le dio al ejército libertador: 500 hombres, de los cuales solo regresaron 12; 800 caballerías; 16 cañones y 30.000 pesos oro. Me pregunto, si una ciudad en ruinas, en la que apenas vivían poco más de 2.000 personas (antes del devastador terremoto), pudo darle 800 caballerías, 500 hombres, gran cantidad de oro y sobre todo 16 cañones. Al menos lo dudo. Más trabajo para los verdaderos historiadores.

Se dice también que Mérida fue una ciudad eminentemente bolivariana. Le aclamó como Libertador, mas no le dio a Bolívar el título de tal; la más alta cumbre de la Sierra Nevada lleva su nombre, le erigió el primer monumento para perpetuar su gloria, pero se nos olvida que en enero de 1830, poco antes del Congreso Constituyente, aquellos mismos que vitorearon a Bolívar en las 3 veces que pasó por nuestra ciudad, declaraban por unanimidad absoluta, su firme resolución de desconocer el gobierno de Simón Bolívar, quien para ellos ya no era Libertador y se adhirieron al movimiento separatista de la Gran Colombia. Y, es más, los representantes de Mérida ante el Congreso de Valencia de aquel año, no ocultaron sus epítetos en contra de la magna figura del héroe, que años antes ellos mismos habían exaltado. Y encumbraron la figura de Páez. Más trabajo para los historiadores. Y es que Mérida fue Paecista o Bolivariana dependiendo de las circunstancias.

Mérida perpetuó la gesta del prócer llanero al erigirle el primer monumento que se conoce en honor a éste. Correspondió al Presidente del Gran Estado de Los Andes –Carlos Rangel Garbiras- al celebrarse el centenario de su nacimiento en 1889, la erección de una columna, que aún existe en el patio de la 22 Brigada, al lado de la Comandancia de la Policía. Por cierto, sin ninguna identificación que recuerde para, por qué y a quien corresponde tan valioso monumento histórico.

Y antes que Bolívar, Páez tuvo estatua en plaza pública. El gobierno de Mérida solicitó al Ejecutivo Nacional, en 1887, la donación de un gran busto

en bronce del General Páez. Apenas pudo ser inaugurado en 1911 y es el que adorna el centro de la plaza Páez en Glorias Patrias. La estatua ecuestre de Bolívar fue inaugurada dos décadas después, y buena parte de su costo fue por recolecta popular. Incluso aquí se le cambió el nombre al cantón de Bailadores por el de Villa Páez y hasta la Universidad colocó en 1914 un busto en mármol del prócer llanero frente al antiguo Claustro junto a los del Rector Eloy Paredes y el Canónigo Uzcátegui. Hoy, aquel busto lo encontramos, semimutilado, en el Parque del Ejército en la Av. Andrés Bello.

Pienso que aquel busto de Páez jamás debió salir de los predios de ese edificio, pues fue éste el que un 14 de enero de 1832 rescatara la Universidad del abandono en que estaba, separándola definitivamente del Seminario y de la Diócesis.

El busto de Bolívar dentro de la Universidad, en el patio de la antigua Facultad de Derecho, fue colocado el 19 de diciembre de 1930, bajo el rectorado del Dr. Gonzalo Bernal.

Ya para 1892 a la Plaza Mayor se la llamaba de Bolívar y la Catedral tenía una sola Torre. Había en la ciudad un mercado en construcción, dos cementerios, el del Espejo y el de Belén, un Colegio Episcopal, tres escuelas para niñas y eso si – 5 talleres de imprenta, la siempre culta ciudad tenía mas imprentas que escuelas, imprimiendo libros y folletos para divulgar la ciencia y la cultura.

Fue esta la ciudad que recibió el 9 de agosto de 1899 al Gral. Cipriano Castro y su ejército, acompañado por su compadre Juan Vicente Gómez, quien se alojó en casa del prestigioso cirujano Ramón Parra Picón, quien sería Rector de nuestra Universidad. Castro lo haría en la casa de don Atilio Sardi, quien sería Secretario General de Gobierno del hombre que mas ha permanecido en el poder en el Estado Mérida, el General Amador Uzcátegui, quien lo ocupó por 13 años, 7 meses y 18 días, mucho más que las 5 veces que ocupara la Primera Magistratura Regional su archienemigo y suegro, el prestigioso Caudillo General Esteban Chalbaud Cardona. Y al llegar Juan Vicente Gómez al poder, el 19 de diciembre de 1908, continuarán los mismos que gobernaron con Joaquín Crespo, Andueza Palacios, Ignacio Andrade o Cipriano Castro.

Fueron los años difíciles del Obispo Silva, cuando un grupo de notables, encabezados por el intelectual Dr. Antonio Justo Silva, enfrentó el poder del Obispo, acusándolo de tolerar conductas reprochables entre algunos de sus

sacerdotes, y de protegerlos. Los padres Evaristo Ramírez párroco de El Sagrario y Jeremías González, párroco del Llano y Director de la Orquesta Santa Cecilia, de las primeras en Mérida, fueron los indiciados. Todo un escándalo que tuvo enormes consecuencias en la vida de la iglesia venezolana, como lo señala el libro del Dr. Jesús Rondón Nucete, quien es Miembro de Honor de esta Academia y me honra con su presencia.

El Obispo Antonio Ramón Silva fue el más grande personaje en la historia eclesiástica de Mérida; no en vano fue seleccionado por el diario El Nacional como uno de los 100 personajes de la Historia de Venezuela en su colección de biografías. Si Los Andes en Venezuela son la reserva moral del país como lo dijera Juan Pablo II, fue por el empeño y la vivacidad de Monseñor Silva, de formar seminaristas aun estando prohibido. Fue el único que, en aquel oscuro momento de la Patria, se atrevió a disentir públicamente con el Gral. Gómez, y por ello, no fue Arzobispo de Caracas. Llenó de templos todo el Estado, creó el Archivo y el Museo Arquidiocesano, el Diario El Vigilante y durante su progresista obispado se instalaron los famosos colegios “San José” y “La Inmaculada”. Y ni hablar de sus famosas Visitas Pastorales. Ansiosos esperamos la reseña que prepara el Dr. Rondón Nucete, quien, durante su mandato creara esta Academia.

Al fallecer el Obispo, lo sucederá en la Arquidiócesis el prelado Acacio Chacón. La ciudad es tranquila y profundamente religiosa. El nuevo mitrado se rodeará de sacerdotes de gran talento, como los doctores José Humberto Quintero y José Rafael Pulido Méndez, que luego también se ceñirán la Mitra episcopal.

En la urbe existen hoteles confortables y cómodas casas de pensión cuyos propietarios son familias decentes, y cines con funciones de intermedia y noche, como lo refiere el semanario Patria, fundado por los hermanos Picón Lares en 1925 y que circulara hasta 1935. Buena parte de este importante diario y, en original, los conserva con esmero y cuidado, el editor y empresario don Edgardo Hernández, quien ha tenido el favor de permitírmelo hojear. Le dará buen uso. Me consta.

En las madrugadas, los gallos y las campanas despiertan a los somnolientos habitantes de la pequeña ciudad. En cada corral hay un gallo y en cada iglesia un campanario. Las beatas acuden envueltas en sus pañolones de merino a la misa de cinco, los estudiantes dejan temprano el lecho porque tienen clase a las siete, y por las cuestas de San Jacinto y de la Cruz Verde, que suben

serpenteando de las riberas del Chama y el Albarregas, van llegando los fornidos campesinos con sus mansurrones bueyes cargados de plátanos, cambures, apios, frijoles y naranjas. Y a medida que el sol asoma por sobre la crestería de la montaña, abren sus puertas las pulperías y en las canalejas de los aleros de las casas, llenas de musgos y líquenes, las avecillas cantan al nuevo día.

Para enero de 1935, un hombre tenaz dedicado a la farmacia y la botánica, llamado Enrique Bourgoin, acompañado de un baqueano conocido como Domingo Peña, holla la cúspide de la montaña de La Columna, ahora denominada Pico Bolívar. Su abuelo, mas de media centuria antes, había sido la primera persona en pisar los cuernos colosales del Pico del Toro, considerado por mucho tiempo como el mas alto de la Sierra y que adorna el centro del Escudo de nuestro Estado.

En las postrimerías de la dictadura gomecista, a fines de 1934, es designado Presidente del Estado, don Rafael Paredes Urdaneta, quien venía de desempeñar el Consulado General de Venezuela en Hamburgo. Uno de sus mayores esfuerzos fue dar impulso al deporte y construyó el primer gran Estadio, el que estuvo frente a Glorias Patrias, sembró de pinos la Av. Urdaneta, amplió algunas calles y pavimentó otras, y trajo consigo –para ocupar los mas altos cargos del Ejecutivo Regional - a personas de otros lugares, con lo que se ganó gran impopularidad entre los merideños. Además, la pasión o psicosis en demostrar al Benemérito Gómez su incondicional lealtad, le llevó al extremo de cambiar los nombres de calles y plazas por el de Gómez y su familia. La avenida Lora, la denominó Calle Gómez, al Hospicio San Juan de Dios por Hermenegilda-de Gómez y hasta la banda de Música del estado la designó Banda Gómez. Traigo a colación este hecho para relatar una anécdota del que fuera el último gobernador del Rehabilitador. A la salida de Mérida, por la alcabala de Milla, se la denomina VUELTA DE LOLA y a lo mejor muchos ignoran el porqué se la llama así. Y es que Paredes Urdaneta, en su manía de ponerle a todo los nombres de la familia del General Gómez, en la ocasión de una visita al sector donde se estaba ensanchando el sitio para facilitar el regreso de los vehículos, dispuso casi inmediatamente que se hiciera una redoma ornamental, que aún existe en parte, para inaugurarla el 17 de diciembre con el nombre de GLORIETA DOLORES AMELIA, en homenaje a una de las cónyuges del General. Pero, el Presidente de la República moriría aquel día con lo que el acto fue suspendido y el vulgo derivó Dolores en Lola y le buscaron la vuelta, como bien nos lo narra don Augusto Rodríguez Aranguren.

Y con la muerte de Gómez, terminaban 27 años de la más larga dictadura venezolana.

Se designa al general Eleazar López Contreras, Presidente de la República. El nuevo presidente del Estado Mérida sería el Dr. Hugo Parra Pérez, recordado por haber sembrado los fríos ríos parameros y las recónditas lagunas con truchas procedentes de otras latitudes y así suministrar una fuente de proteínas a la población campesina.

La ciudad tenía 12.006 habitantes y el 1º de febrero de 1936, en los carnavales de aquel año, la bella joven Josefina Alborno Berti, es elegida Señorita Mérida, la primera por elección popular. Aun vive entre nosotros doña Chepita Alborno de Valeri. Pero, antes de ello, en los carnavales de 1926 – hace 80 años- Juanita Spinetti, es seleccionada –en los salones del recordado Club Mérida que presidía Francisco Fonseca Dávila - Reina del Carnaval de aquel año, con la particularidad de que las participantes eran de tal porte y belleza que Su Majestad inició su reinado eligiendo como Damas de Honor a sus ocasionales competidoras: Dora Ruiz, Gozzy Lares, Elena Pardi y Carmen Elena Rojas, advirtiéndole autocráticamente que no aceptaba renunciadas. Y es que la mujer merideña desde remotos tiempos se ha distinguido por su particular belleza. Una breve mirada a nuestro alrededor así lo comprueba.

En marzo de 1937 un hecho inusitado ocurre en Mérida: por primera vez en su historia es visitada por un presidente de la República, el general López Contreras, quien inaugura el nuevo edificio de la Universidad, construido por el rector Roberto Picón Lares, proyectado por el Aqto. Luis Eduardo Chateing bajo la supervisión del Ing. Edgar Loynaz Páez (a la postre, este último sería el primer presidente del MCC).

Durante aquella visita, el Presidente quiso conocer a Don Tulio Febres Cordero, quien lo recibió postrado, ya inválido, en su mecedora de suela, con aquella su suavidad tan afectuosa que lo hizo ídolo de sus coterráneos y de cuantos tuvieran el honor de tratarlo. Don Tulio vivía en la esquina norte de esta cuadra, por esta misma avenida y la mecedora de suela la conserva su nieto, el Dr Daniel Febres, quien está entre nosotros.

Imposible dejar de mencionar la aparición de la primera radiodifusora que tuvo Mérida y cuyo nombre habría sido sugerido por don Tulio: “La Voz de la Sierra”; inaugurada el 19 diciembre de 1940. Fue todo un acontecimiento en

nuestra tranquila ciudad. Y digo imposible porque el pionero de la misma fue mi padre, don Adelmo M^a Quintero Bustos, quien junto a mi abuelo don Roberto Strauss y el barquisimetano Amilcar Segura dotaron a Mérida de aquel trascendental adelanto. Pero hay mas motivo para recordarlo, y es que el primer locutor de aquella Emisora, primer titulado, con diploma de sobresaliente, lo fue el estimado amigo y académico aquí presente, el Dr. Rigoberto Henríquez Vera. Siempre me he preguntado cómo aquellos adelantados emprendieron aquella Empresa, en una ciudad pequeña y con los grandes sacrificios que le imponía la II Guerra Mundial para la obtención de equipos e insumos.

En noviembre de 1942, un nuevo presidente de la República visita a Mérida, el General Isaías Medina Angarita. En aquella oportunidad inaugura el Cuartel Rivas Dávila y el antiguo Mercado Principal.

En aquellos años, la II Guerra Mundial acaparará la atención de los merideños. La situación política y social, violenta e inestable, en varios países latinoamericanos, tendrá consecuencias en las organizaciones partidistas y en las Fuerzas Armadas de Venezuela. Todo este proceso culminará en un movimiento cívico-militar, el 18 de octubre de 1945, que derrocará a Medina Angarita.

El estallido de las bombas de Hiroshima y Nagasaki, pasará a un segundo plano ante el ascenso al poder del partido Acción Democrática, sustentado por las armas de los jóvenes oficiales de Ejército.

Alberto Carnevali Rangel asume el gobierno local y la población merideña, esperanzada en una plena democracia, estuvo desde el principio con la revolución. A Carnevali se debe la construcción de nuestro aeropuerto, que acortó la distancia a Caracas de tres días a dos horas. Era agosto de 1945, cuando el primer avión se posó en Llano Grande. Antes sólo los habíamos visto sobrevolando nuestra ciudad, el 16 de octubre de 1929.

Muy pronto desapareció el espíritu de entendimiento, reinante entre las diferentes facciones políticas. Las posiciones se radicalizaron, la intransigencia, el sectarismo y la intolerancia suplantaron la sensatez, la cordura y la reflexión. Todo esto culminaría en un nuevo Golpe de Estado, por las mismas Fuerzas Armadas, el 24 de noviembre de 1948, contra el legítimo gobierno de Rómulo Gallegos.

El Dr. José Ramón Barrios Mora y el Dr. Carlos Febres Pobeda, asumirán la Gobernación y el Concejo Municipal de la ciudad, a nombre del partido socialcristiano COPEI, que apoyó abiertamente el Golpe.

Así se sucederían una Junta de Gobierno y el asesinato de su Presidente, Carlos Delgado Chalbaud, en noviembre de 1950. Germán Suárez Flamerich, sería el Presidente de la nueva Junta, quien en enero de 1951 visitó fugazmente a Mérida. Una ciudad embanderada por orden del gobernador, les dio un recibimiento frío y tenso, porque a pesar del júbilo decretado, ese día había fallecido el poeta merideño Emilio Menoti Spósito.

En 1952 el Gobierno Nacional clausuró la Universidad Central, expulsó estudiantes y destituyó profesores, ante las protestas y manifestaciones que se realizaban contra el régimen. Tales hechos influyeron favorablemente en la Universidad de Mérida, que permaneció abierta, porque cerca de un millar de alumnos provenientes de la Universidad caraqueña llegaron a nuestra ciudad para estudiar, por lo que se debió ampliar aulas, crear residencias y nuevas pensiones, para albergar aquel inusitado número de nuevos estudiantes.

En las amañadas elecciones de aquel año, perdidas por el Gobierno, un Consejo Electoral improvisado, pues varios de sus miembros habían renunciado ante el fraude que se gestaba, designaron burdamente al Cnel. Marcos Pérez Jiménez como Presidente de la República. En Mérida asume el gobierno el Tte. Cnel. Alberto Paoli Chalbaud, curiosamente nació en la casa donde hoy estamos.

Par el año de 1953 ocupa la gobernación el Dr. Vicente Tálamo. Importantes obras para el fomento del turismo y el embellecimiento de la ciudad realizó el mandatario, el Parque los Chorros de Milla, Tibisay y el de la Laguna de Urao, hoy abandonados. La pavimentación de las calles, una moderna red de cloacas, un nuevo acueducto, modernos hoteles, la carretera Apartaderos – Barinas y se comenzaron obras irrepetibles, como el Palacio de Gobierno y el Teleférico a Pico Espejo. La Universidad inauguraría sus modernos edificios de las Facultades de Medicina, Odontología e Ingeniería, bajo el rectorado del Dr. Joaquín Mármol Luzardo, Miembro de Honor de esta Academia.

Pérez Jiménez volvió a Mérida en mayo de 1954, cuando se inauguró el Parque de los Chorros de Milla y el Hotel Prado Río; y en 1956, en diciembre, con motivo del solemne acto inaugural del Edificio del Rectorado y el Aula Magna.

Los atropellos del gobierno y el fraude electoral de diciembre de 1957, contribuyeron a la caída del gobierno. Aquí en la ciudad los estudiantes jugaron un papel determinante, entre ellos destacaba un joven y fogoso líder estudiantil, el Bachiller José Mendoza Angulo, estudiante de Derecho, quien llegaría a ocupar altas posiciones en nuestra vida política, desde Rector hasta Ministro de Justicia, Diputado en la extinta Asamblea Legislativa y Senador de la República. Con el mismo entusiasmo y no poca fogosidad de antaño, está entre nosotros, para regocijo de la Academia y al que reitero mi sincero agradecimiento por sus estimulantes palabras al presentarme ante esta digna Corporación.

Así llegamos a la celebración del presunto Cuatricentenario de la ciudad, 9 de octubre de 1958, cuyos actos festivos, con la presencia del Presidente de la Junta de Gobierno, Contralmirante Wolfgang Larrazábal, hubo de suspenderse por la muerte, el mismo día, de Eugenio Pacelli, el Papa Pío XII.

Los miembros de la Junta del Cuatricentenario, asistieron a un Te Deum en la Catedral que se realizó en la mañana siguiente. Anecdóticamente, estos asistieron con el traje que debían lucir en el suspendido baile programado para la noche anterior – paltó levita y guantes blancos – y, como recorrieron a pie el espacio entre la Gobernación y nuestra Catedral, hecho inédito que causó sorpresa y gracia a los asistentes allí reunidos, el pueblo le denominó como el desfile de los pingüinos.

Lo demás es historia reciente, cuyos protagonistas han o hemos sido todos los aquí presentes.

Hoy nos encontramos aquí, en la Casa de la Academia, y la denomino así porque aún cuando se le dice Casa de los Antiguos Gobernadores, no he conseguido referencia alguna de que haya vivido Gobernador alguno, ni en la Colonia ni en nuestra vida republicana. En los mapas que he localizado, uno hecho a mediados del siglo XVII (1650), en el de los jesuitas hacia 1700, otro antes del terremoto de 1812 y en el primer plano topográfico de la ciudad, elaborado por Gregorio Fidel Méndez en 1856, aparecía este sitio, este lugar, como un gran solar. Por lo que presumo que la primera construcción data de finales del siglo XIX.

Desde hace más de 100 años era de la familia Paoli, uno de sus descendientes, el Dr. Alberto Paoli Casale casó con Dolores Chalbaud Cardona y habitaron

esta casa. Una prima de éste –M^a Teresa Paoli Sánchez– casa con Francisco Valeri Pavolini, hermano de don Mario, el fundador de la Farmacia La Vencedora, aquí enfrente. Sus descendientes son los Valeri Paoli. La Botica El Carmen, atendida por don Pepe Valeri funcionaba aquí; así como la Librería Dávila Caputi. Y mas recientemente -hace más de medio siglo – estuvo la Casa Aguaida de José Luis Aguaida casado con Emilia Balestrini, cuyo hermano Amaury, instaló aquí la Librería Coquito, en la década del 60. Incluso el 2º piso de esta casona sirvió de depósito de muebles de don Amado El Fakid.

Y relato esto para traer recuerdos a los que recuerdan.

Por tal razón, deseo dejar sembrada la inquietud de que esta Casa que alberga la intelectualidad merideña, se le denomine Casa de la Academia de Mérida. Y así lo propongo formalmente.

Antes de concluir quisiera hacer una reflexión en tiempos difíciles. Desde la colonia los merideños nos hemos enfrentado. Los Gavirias y los Cerradas, los primeros pobladores, por el poder político, los Uzcátegui y los Rangel por la repartición de tierras, entre godos y patriotas, o entre propios familiares, como lo fue el caso de los Parra y los Picón, a comienzos del siglo XX, por el control del monopolio del servicio eléctrico.

Debo hacer un llamado al reencuentro de Mérida con los merideños y de los merideños entre sí. Preservar y difundir la imagen de Mérida es un compromiso, no sólo de sus autoridades gubernamentales o municipales, sino de todo buen merideño que ame entrañablemente la ciudad, una ciudad pródiga en rincones nostálgicos, rica en edificios y monumentos históricos, con parques y avenidas funcionales y poblada por ciudadanos orgullosos de su pasado, concientes de su presente y prestos a forjarle un futuro promisorio, acorde con nuestro irrevocable espíritu de superación.

Los invito a la reflexión, a unirse en un fraterno abrazo para el bien de nuestra ciudad y de su progreso. Los invito a echarle por encima de la balanza, la reconquistada y consolidada libertad amenazada en tiempos difíciles.

Si hubiere alguien que todavía considere que no alcanza el peso, le contestaré con las palabras de los espartanos Spertias y Bulis al sátrapa persa Idarnes, que les aconsejaba, en medio de la batalla, a entregarse: “Idarnes –le dijeron los héroes espartanos- el consejo que nos diste no está bien sopesado de los

dos lados; pues es que de las dos cosas, una tú la conoces, la otra no. Tú sabes lo que significa ser esclavo, pero aún jamás saboreasteis la libertad y no sabes cuanto de ella es dulce. Si tú la hubieras probado, nos aconsejarías de pelearnos por ella, no sólo con las lanzas y las hachas sino también con las garras y los dientes”.

Algunos piensan (referencia al Diario El Universal) que es preciso educar primero al pueblo para después alimentarlo. No, ya lo decía Andrés Bello en la Constituyente de 1947. No hay una sola madre que espere a que su hijo aprenda a leer para abrirle el corpiño y darle el pecho; Primero hay que darle su pan para comer, su traje para vestir, su campo para sembrar y después, a la hora del descanso, bajo la luz del pórtico, frente a la sombra alegre, el libro entre sus manos será la mejor flor de su cosecha. Mitiguemos primero la pobreza. Es un compromiso de todos. Luchar por nuestras libertades y combatir la pobreza, con lo que esté a nuestro alcance.

Soy optimista ante el futuro. Este magnífico acto, lleno de calor humano, rodeado de amigos y de mi familia, alimenta mi espíritu, alienta mi ánimo y renueva mis convicciones.

Señor Presidente, recibo esta incorporación a la Academia, como un reconocimiento a la consecuencia, a la lealtad y a la honestidad, porque cualquier cosa podrá decirse de Chachá Quintero, menos no haber sido solidario y leal con la amistad, servicial incondicional de mis amigos, a nuestra Universidad y a mi ciudad.

Y como algunas reflexiones o afirmaciones aquí expuestas, pudieran causar – al menos murmullos- por decir lo menos, quisiera pedir prestada la frase de Alfonso Martínez Toledo, denominado en la Literatura como “Arcipreste de Talavera”, que en su libro “El Corbacho”, al finalizar decía:

“EL AUTOR FAZE FIN A LA PRESENTE OBRA E DEMANDA PERDON EN ALGO DE LO QUE HA DICHO NO DE GUSTO O NO BIEN DICHO”

Dejé para el final lo que quizás hubiese sido el comienzo.

Porque si fue difícil comenzar como el Califa Otmán, me es más fácil concluir, pues no puedo finalizar sin agradecer:

A mis padres, a quienes debo lo más grande: la oportunidad de haber nacido;

A Isabel Cristina, mi esposa, por darme lo más bello: aceptar con amor compartir la vida,

A M^a Cristina y José Manuel, mis hijos, por lo que son: la razón y mi orgullo de haber vivido,

Y a todos ustedes por tener la paciencia y la amabilidad de acompañarme en un acto de particular importancia en mi vida.

Que el Todopoderoso extienda su bendición sobre esta tierra de tanta generosidad y que Dios nos bendiga a Todos,

Muchas Gracias.